



DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Don Quijote

NUMERO EXTRAORDINARIO EN HONOR DE LOS BOERS

En la semana pasada hemos puesto á la venta nuestro número extraordinario en honor de los boers.

El número, encerrado en artística cubierta con el retrato de Krüger, va autorizado con las firmas de Nakens, Romero, Robledo, Rodrigo Soriano, Alejandro Sawa, Ferrari, Costa, Esquendo, Manuel del Palacio, Federico Rubio, Moya Cavia, Rueda, Silverio Lanza, Burell, Miguel Sawa, Alfredo Calderón, Millán, Ortega Munilla y Sinesio Delgado.

La venta de este número la dedica DON QUIJOTE á comprar una corona de laurel y oro que enviará al anciano Krüger, para que éste, á su vez, la remita al heroico general boer Delarey.

Precio del número: 25 céntimos.

REACCIÓN RELIGIOSA

Como la festividad obrera del 1.º de Mayo sirve para apreciar los latidos de la opinión socialista, así sirve la gran conmemoración cristiana de la Semana de Pasión para estimar las alternativas de fervor y de abandono en las prácticas de la devoción. Y no hay duda, si á juzgar fuéramos por las apariencias, habríamos de reconocer que el sentimiento religioso crece en nuestra sociedad de año en año. Así parecen atestiguarlo, por modo inequívoco, las externas manifestaciones.

Necesidad real del espíritu ó resabio atávico de herencia, algo hay en el alma humana que no halla satisfacción plena en las concepciones de la ciencia y de la filosofía positiva. La bancarrota de la metafísica nos deja huérfanos de idealidad. El misterio eterno de las cosas no se suprime con negarle. Desprovista de todo sentido ideal, la vida pierde toda su poesía y todo su encanto. Una inmensa congoja se apodera de las almas superiores, cautivas en la cárcel de los hechos. Así se explica la retrogradación de muchos nobles espíritus á las leyendas candorosas y absurdas del pasado. El positivismo científico sojuzga el pensamiento con despotismo de evidencia. El corazón protesta y se revela. Nunca el alma de los mejores ha sido teatro de tamaña guerra civil. Nunca en la historia han ofrecido el sentimiento y la idea el espectáculo de tal discordia. Los fuertes siguen adelante y se resignan. Los más se espantan y retroceden. La antorcha de la ciencia, al alumbrar la realidad, semeja á un rayo iluminando un abismo.

¿Será ese el secreto del movimiento de reacción que más ó menos por dondequiera se advierte? ¡Ah, no! Las grandes evoluciones de la especulación filosófica, sus crisis, sus esperanzas, sus terrores y sus angustias, allá quedan en alturas accesibles á muy pocos. El empeño que ahora muestra la sociedad burguesa en resucitar los ideales difuntos, se inspira en muy otros motivos. Poco se les da á los positivistas prácticos de las doctrinas del positivismo teórico. No son sus maestros Comte y Spencer sino Sancho Panza. Los que hoy pugnan por convertir la atención general á las alturas, no lo hacen para arrobar sus almas en contemplaciones místicas, sino para seguir poseyendo la tierra mientras los otros miran al cielo.

Basta para convencerse examinar el carácter de la presente reacción. No renace el espíritu, sino la letra. No asistimos á una resurrección de las virtudes evangélicas, sino á un recrudescimiento de las prácticas externas de la devoción. No resurge la fe en los dogmas, sino la creencia en las supersticiones. No vemos que el sentimiento religioso se traduzca en obras, sino en ritualismos y palabras. Por ninguna parte reaparece, en medio de esta sociedad empedernida y petrificada en sus egoísmos, el genio sublime del Maestro, grande por la fe, grande por el dolor, grande por la abnegación, amante ideal de la pobreza, del infortunio, del sacrificio, del martirio, predicador en la Montaña y crucificado en el Gólgota.

Antes de estallar la gran revolución del 89, solía hacer la aristocracia francesa alarde ostentoso de su descreimiento. Voltaire era su ídolo. La devoción pasó de moda para trocarse en cosa de mal gusto. La fe era considerada como buena

para el vulgo. Surgió aquel potente terremoto social, y entonces la aristocracia volvió en sí, reconoció su extravío, se reconcilió con la iglesia, resucitó las viejas prácticas ya olvidadas, y preparó en la emigración aquella inepta y sacristanesca restauración de la mojigatería borbónica. Decididamente la religión era un gran freno moral para los pueblos. Las clases directoras habían obrado con imprudencia, dando á los de abajo el ejemplo de la impiedad.

¿Es otro el fenómeno que se está al presente reproduciendo á nuestros ojos? La burguesía excéntrica, descreída, indiferente, la gran destructora, la gran iconoclasta, la demolidora infatigable de todos los prestigios tradicionales, vuelve ahora los ojos al altar por ella derribado, á la imagen por ella profanada, al sacerdote por ella perseguido. Es que también para ella es llegada, como lo fué un día para la vieja aristocracia, la hora de la expiación. Ante el peligro que para ella representan las grandes reivindicaciones sociales, se estremece y ora. Procede como las viejas supersticiosas que encienden el cirio bendito y rezan el trisagio mientras ruge la tormenta. Descreída para atesorar, se hace para comenzar devota. Conquistada por ella la tierra, quisiera interesar al pueblo en la conquista del cielo. Y es por demás curioso el contemplar á toda esa falange de logreros, compradores de bienes nacionales, aventureros de la política, jugadores de ventaja en la Bolsa, guardianes de las aduanas de Ultramar, caciques enriquecidos por la usura, mercaderes favorecidos por el fraude, grandes piratas en el mar de la sociedad burguesa, consagrando las postrimerías de una existencia poco santa á las exterioridades de la devoción, como suelen acabar en beatas las mujeres de vida alegre.

Esto hay en el fondo de la reacción religiosa á que asistimos. No es un despertar de la fe, un rejuvenecimiento de las grandes aspiraciones del alma. Es el estremecimiento de la codicia que teme perder lo mal ganado. Es, cuando más, un acto de buena política. La fe es buena cosa, porque enseña á los pobres la resignación y la obediencia. La esperanza es buena cosa porque ofrece á los indigentes el banquete de la otra vida. La caridad es buena cosa porque induce á los necesitados á perdonar la ajena opulencia. El santuario es sagrado porque en él se encierra la llave de la propiedad. Sean para los pobres las virtudes cristianas; los ricos, para darles ejemplo, practicarán el ritual. Los unos se salvarán sufriendo, los otros rezando. Y así resultarán igualados en la otra vida los que tan desigualmente han vivido en ésta.

Si la reacción cristiana representara otra cosa para las clases directoras, otra también sería su conducta. Veríase entonces á grandes políticos retirarse al yermo para acabar su vida en las austeridades de la penitencia. Veríase á los grandes defraudadores restituir las sumas robadas al Tesoro público. Los primates abdicarían su primacía y los caciques su cacicazgo. La usura devolvería su presa; el matute reintegraría sus beneficios. Muchas viudas y muchos huérfanos verían amparada su miseria con la restitución de lo suyo. Las más grandes fortunas se emplearían en la creación de benéficos institutos. El problema social sería, si no resuelto, atenuado en sus acerbidades por obra de la caridad. El lujo y la miseria desaparecerían juntamente de sobre la faz de la tierra. La sociedad ofrecería el espectáculo de una sed de martirio, de una pugna nobilísima de abnegación. Y un soplo de sublime fraternidad, bariendo las emanaciones infectas del torpe egoísmo, vendría á purificar el ambiente y á regenerar el mundo.

Esto es lo que no se finge. El rezo, el culto, el ritual, pueden ser socorridas y cómodas ficciones. Cuando la virtud no les acompaña, tan vehementes indicios de falsedad é hipocresía, aun siendo sinceros de poco aprovechan; poco han recalado en la conciencia esa religiosidad sin práctica, ese cristianismo sin caridad, esa fe sin obras, esa letra sin espíritu, esa apariencia sin realidad que olvida el fruto de la piedad por la cáscara de la devoción. Las almas verdaderamente religiosas mal pueden ver en un movimiento semejante una revivencia real de los muertos ideales cristianos.

ALFREDO CALDERÓN

Las galanterías de la Biblia

SALOMÓN

Apenas rey, escribió elocuentemente contra la grandeza del trono, la comida regalada, la opulencia, el mundo y sus engañosos atractivos, el ingenio y la ciencia.

Se creyó que este preceptor de reyes, dándole el ejemplo por sí mismo y rehusando la diadema, iba á vivir como un simple burgués.

Nada de eso: conservó sus riquezas, su buena mesa, sus dignidades y los goces traidores que él llamaba *vanidades*.

Su prudencia era un poco singular. Predicando la moderación, hace degollar á un hermano suyo, cuya ambición temía.

Siempre severo en sus escritos, censor austero de las voluptuosidades, no tolera nada á las mujeres. Desmascara á las cortesanas, y de sus pasos profanos advierte así á los hombres de bien:

«Huid de esa belleza mundana que al fin del día se pasea sola junto á su puerta. Lozana y respirando amor, llama al transeunte por todo lo bajo ¡chist! ¡chist!, y cogiéndole la mano, con un tono familiar y jocoso: Ven á mi cuarto—le dice—mi lecho es grande y está cubierto de flores. A los dulces perfumes que allí se respiran, el cinamomo y la mirra unen sus olores suaves.

«El más inútil de los maridos ha abandonado la ciudad por el campo, y la vendimia le retiene. Nunca regresa de noche. Aprovechando su negligencia, ven sin alarmas á vendimiar hasta el día los frutos del placer y del amor.

«Cierra el oído á este discurso, joven imprudente. Sabe oponer una mano severa al beso que te ofrece su boca bermeja.

«Una fuente mana en tu vergel con un dulce murmullo, y su agua bienhechora y pura calma tu sed sin peligro.

«El hambre te oprime y te fatiga? Come el fruto de tu higuera y no vayas durante la noche á comer el higo del vecino.

«Se creará que Salomón dió con semejante moral en Sión ejemplo de ternura conyugal? Es preciso terminar y decirlo todo.

Este príncipe tenía en su palacio mil mujeres; cuyos atractivos debían satisfacer al más voluble.

Estas mil mujeres divertían alternativamente su fiel amor.

Traídas de lejanos países, se diferenciaban por el genio, los rasgos, el lenguaje y el vestido, y estas afortunadas sultanas, cuyos caprichos eran leyes, festejaban al rey de diverso modo.

Soberbia de su alto origen la una, cubriendo de ornamentos preciosos sus brazos y sus cabellos, sobre cojines de púrpura fina que enriquecen la perla y el oro, con decoro, con nobleza, entrega á los deseos de su alteza el dulce tesoro de sus encantos, y apenas comienza su felicidad, cuando se oyen los sonidos arrebatadores de una música lejana, tan pronto vivos, tan pronto lánguidos...

Otra, más modesta en sus gustos, busca la sombra de las enramadas. Su túnica flotante y suelta oculta mal sus juveniles atractivos; pero ¿para qué ocultarlos? Oprime con el pequeño pie desnudo las flores del césped, y Salomón viene á sorprenderla. Imitando este dichoso ejemplo, los pájaros de la espesura preludian con dulce gorjeo sus voluptuosos juegos...

Nicausis conserva el traje y las costumbres de una amazona: algunas veces se burla del trono y hace pagar sus favores. Siempre su pudor incorregible resiste al atractivo del placer. Con ella siempre es preciso emplear la violencia, sostener un verdadero combate.

Salomón, afortunadamente, sabía luchar, y nuestra bella se queja, aun en su caída, de la audacia del real amante.

Hete aquí, tierna Salomé. ¡Cuán acariciadoras son tus miradas! ¡Cuán seductores tus suspiros! ¡Oh! ¡Cuán amada debes de ser! Permite que mi lira encantada repita las conmovedoras confesiones que tu inflamada boca exhala:

—Sí. He conocido la verdadera felicidad, y estos instantes de mi triunfo estarán siempre en mi memoria, siempre en mi corazón.

Me llamaba su sola amiga, lágrimas humede-

cian sus ojos, su alma parecía llena de un delicioso sentimiento.

Suspiraba, y sus suspiros eran dulces como su embriaguez; deseaba, pero á sus deseos unía la delicadeza.

Menos audaz y más amoroso, inclinando su rostro sobre sus manos, repetía: «Soy feliz, y mi felicidad es obra tuya».

Esta confesión, su turbación encantadora, sus besos y mi triunfo estarán siempre en mi memoria, siempre en mi corazón.

La viva y ligera Zethima, que hasta en la voluptuosidad conserva su loca alegría, se expresa de otra manera:

—Nada es tan hermoso como el amor.

Mi dueño se humilla á mis pies; esclavo de mi capricho, espera y teme alternativamente.

A los ojos de su filosofía soy una niña; pero ¡ay! que esta niña abre los brazos y el sabio se olvida de sí.

El reina en medio de su corte; yo hago más: sin diadema reino sobre el rey mismo.

¡Nada es tan hermoso como el amor!

Nuestro monarca, verdaderamente sabio, ha recibido del cielo en herencia todos los talentos y todos los gustos.

A la tarde pone sobre sus rodillas una belleza joven y salvaje, y aprovecha su pudor, que siempre se espanta y rehúsa. Se divierte con su ignorancia y la instruye, pero con lentitud. Con mano prudente la acaricia, y aquella rosa delicada se entreabre dulcemente á la felicidad.

Más tarde, ávido de voluptuosidades, prefiere los frutos á las flores, busca encantos más instruidos y vuela junto á Niceida.

Allí encuentra el deseo, el arrebató, la embriaguez loca y la ciencia del placer. Sonríe ante su destreza, y en este amoroso oficio, de maestro se convierte en discípulo.

El pomposo recinto del palacio encierra un inmenso jardín; una onda pura y perezosa forma allí un extenso estanque. Sus orillas, que un fresco césped tapiza, están continuamente salpicadas de flores, y las arboledas perfumadas la cubren con una sombra propicia.

Es un lugar de cita para el amor.

De orden del rey, las sultanas iban juntas á bañarse al declinar el día; el mismo llega á su vez, y se lanza á la onda con ellas, confundido entre ellas y como ellas vestido.

Sus ojos, sus labios y sus manos multiplican dulces hurtos sobre las bañistas poco esquivas.

Fácilmente se adivina la consecuencia de un juego tan inocente al principio. ¡Feliz la favorita á quien nadando empuja hacia la ribera!

Hiérese el orgullo de las otras; retienen un suspiro, hablan más alto, nadan más de prisa, golpean la onda y la hacen saltar.

Así es como el gran Salomón aprovechaba la edad hermosa; pero el tiempo arrugó su cara, y triste entonces, repetía:

—Toco á la fría vejez. ¡Adiós las dulces voluptuosidades! ¡Ay! ¡Tenía en mi juventud una gran vanidad!...

Iba de conquista en conquista; el obstáculo irritaba mi fiereza, levantaba la cabeza noblemente... ¡Estaba radiante de vanidad!

Hoy mi audacia está muerta, y oigo decir á la belleza: Príncipe, ¿qué queréis que se haga de ese resto de vanidad?

¡Oh, vosotros cuya primavera empieza; no os prodiguéis, y economizad vuestra vanidad para el otoño que avanza!

EVARISTO PARNY

LAS IGLESIAS

Vi la noche de un templo de cristianos; vi las capillas largas, como negras cuchilladas abiertas en la espalda de una grandiosa mártir; y los vidrios luchando, en los sombríos ventanales, con la triunfante luz.

Los viejos santos sus carcomidos rostros levantaban con actitud de náufragos, hendiendo las procelosas aguas de los siglos, y la bóveda inmensa dilatada su costillaje enorme sobre el templo, mientras, temblando prisioneras, iban sus llamaradas rojas esparciendo

DON QUIJOTE

Las dudas de Rodríguez:



Rodríguez.—¡Yo no sé por qué dicen que me viene ancha la ropa del difunto!

LOS NUESTROS



Juan Bautista Amorós.
(Silverio Lanza.)

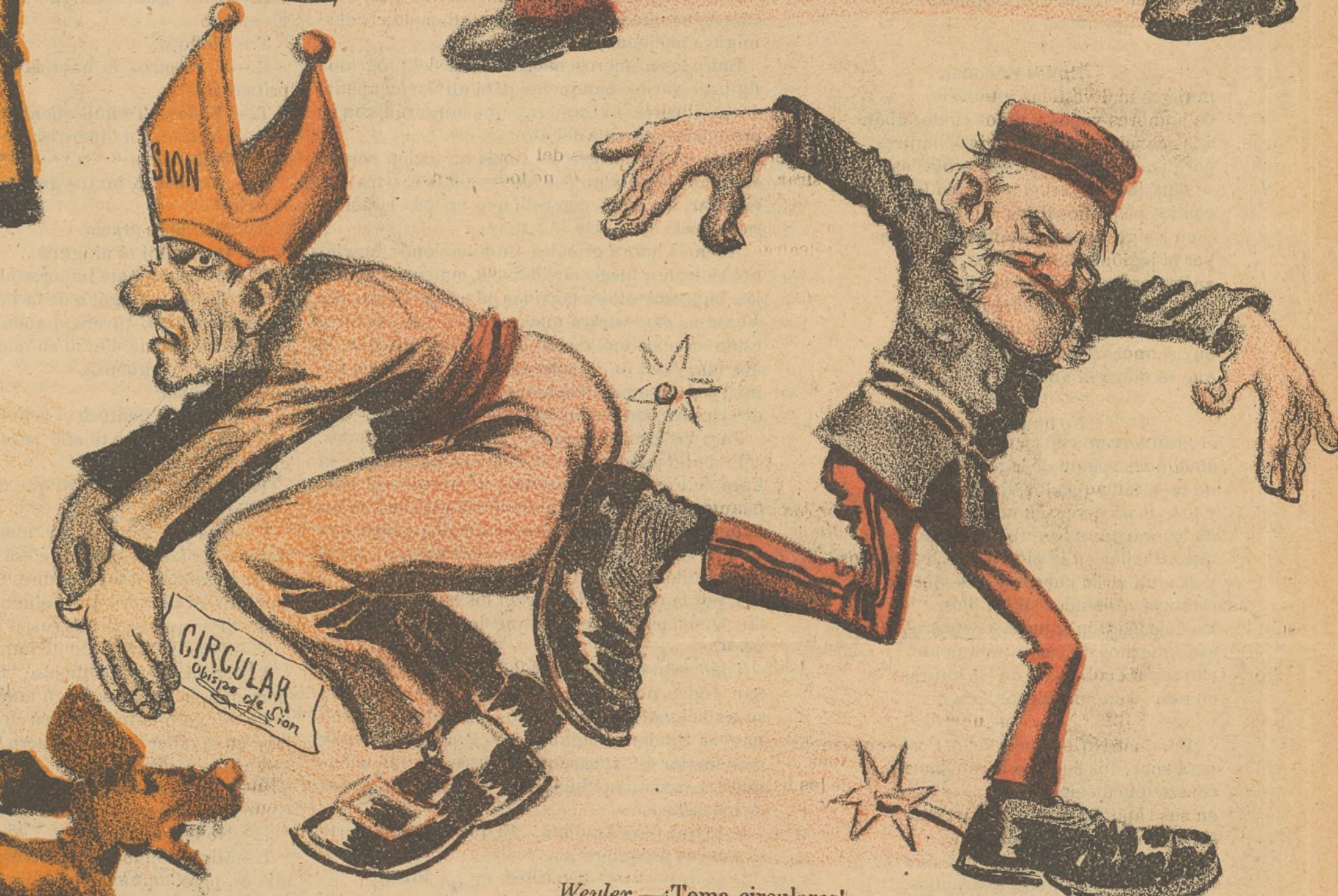
La lectura del programa:
Sagasta.—Señores: El nuevo gobierno es democrata y anticlerical y... etc. ¡El desmiguen, señores, el desmiguen!
Voces en el público.—¡Mentira! ¡Embustero! ¡Farsante! ¡Trapa! ¡Concordato!



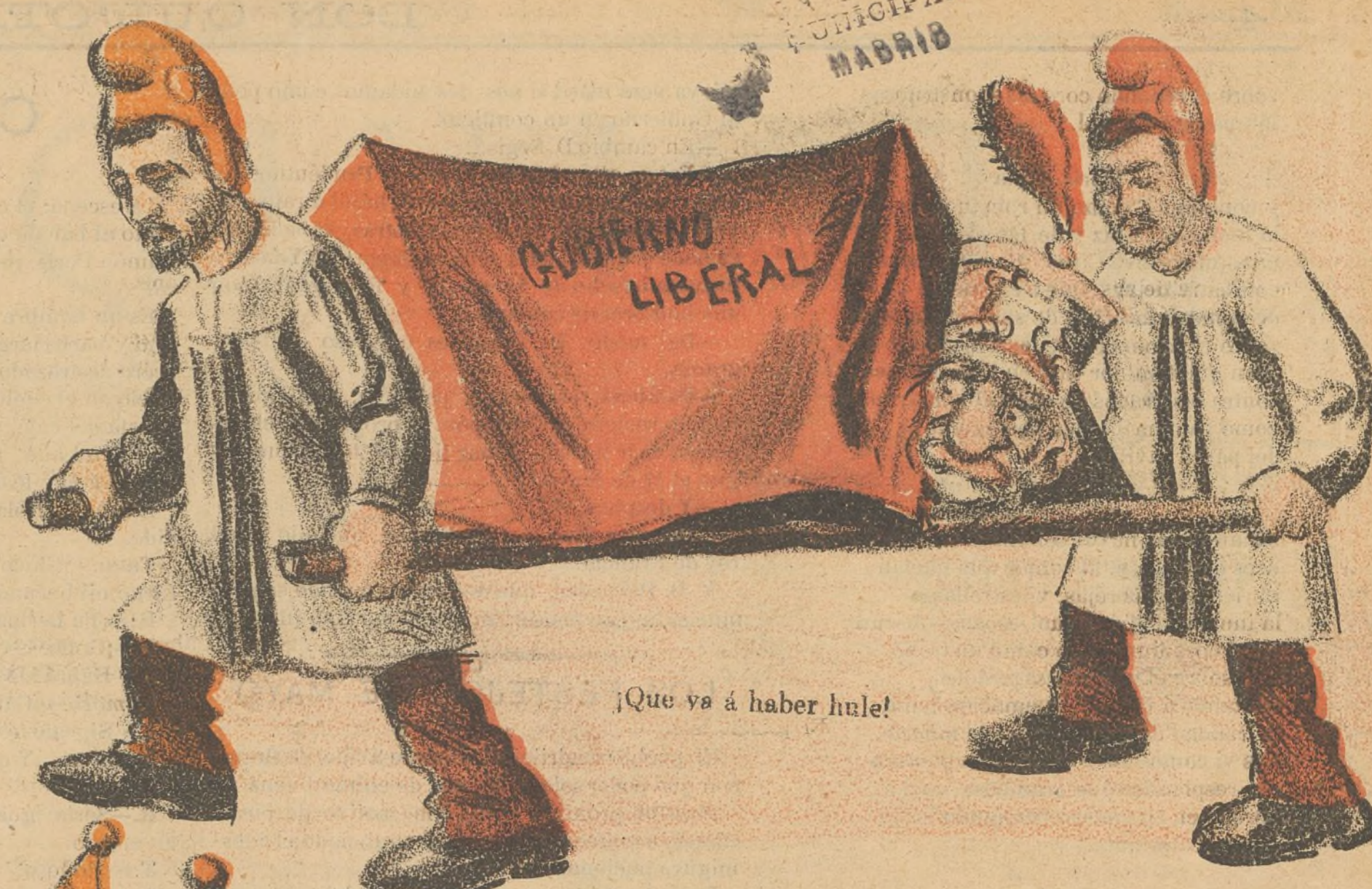
Sagasta.—Soy tu querido Mateo.
La Democracia.—¡Pues por eso no te creo!



Sagasta.—Vamos a ver, D. Pepe, ¿qué dice la mayoría, de nuestro programa democrático?
Canalejas.—¡Que a cualquier cosa llaman chocolate las patronas!



Weyler.—¡Toma circulares!



¡Que va a haber hule!



¡Ande el movimiento carlista!
D. Carlos.—¡La saco!
Coro de carlistas.—¡Que la saque! ¡que la saque!

J. Hermenegildo